

SIGNOS DE ADMIRACIÓN (1986)

*RICARDO AGUILERA Y EL CONVERGENTE RETORNO
CERVANTINO*

I

ABUNDAN en el ruedo ibérico, desde hace unos años y al redoble de flamantes aderezos, que al negocio turístico se ofrendan, las representaciones mercantiles de Don Quijote y Sancho. Fabricados con los más folklóricos materiales y plasticidades, colores y pergeños, que satisfacen las previsibles demandas del consumo, se han convertido –casi al par del munífico suministro de premios y distinciones- en una de nuestras industrias más prósperas. El ingenioso hidalgo y su sentencioso escudero, a dúo o por separado, cubriendo la marcha indígena o trasuntados de las peregrinas escenas de la primera novela moderna, ocupan sitio y visión en las Plazas Mayores, a la vera de catedrales, monasterios, castillos y museos, que es preceptivo visitar.

Por tales trazas o indicios podría colegirse, con la llamada bendita fe del carbonero, que el espíritu de la magna obra, tan castiza y universal, a través de sus arquetípicas encarnaciones, nutre un culto de los españoles de este tiempo y también anima el entender de sus numerosos y veloces huéspedes. Y que el alentador fenómeno vivifica ajetreos y móviles de los estamentos prioritarios y sectores intelectuales de las Españas.

Sin embargo, una vez más, las apariencias engañan, intentó argumentar –fue encuentro fortuito- mi caro y errante personaje Andrés Nerja, que al carecer de impresa existencia permitida, a resultas de negársele el vigente “nihil obstat”, se dedica al fantasmagórico menester de punzar la paz moral del prójimo.

Andrés Nerja, colmada la madurez y por el extrañamiento antedicho aún más propenso a lecturas suntuarias y prolijas, jura y perjura que esta saturación de tarifados cachivaches e imágenes qui-

jotescas viene a coincidir con notorio desvío y supina ignorancia de nuestros coterráneos respecto a sus indubitables héroes patrios, protagonistas de su añeja y candente dicotomía y de una armonización todavía en ciernes.

¿La reacción de Andrés Nerja? Frecuentar libros, de palmaria categoría profesional y profesoral, que acerca del Quijote acaban de publicarse o que oportunas ediciones remozan. Y desmiente el escepticismo que le achacan al subrayar que esa inclinación a las interpretaciones del pensamiento cervantino es síntoma confortador. (Le faltaban piezas en el tablero, pero prometió completarlas y trasladarme sus opiniones).

Se refirió con especial encomio al decisivo prólogo en que culmina la notable trayectoria de preocupación y esclarecimiento, histórica su índole, de Américo Castro, y que resalta el volumen 100 de “Novelas y Cuentos”. Había llamado particular y sugerentemente su atención el fundamento hincapié del insigne investigador en los factores racistas –“limpieza de sangre, de creencias”, lo antijudío y antimorisco, el omnímodo gravamen de los linajes, “la infame deficiencia impuesta por aquella sociedad”- que condicionaron e iniciaron la intrépida, conmovedora fabulación cervantina. Nerja se explicó en el examen comparativo, en estas décadas proyectado, de esas inquietudes que, asevera, no desembocaron en la deseable superación, sino en mertamorfoseada más crustácea permanencia.

Prodigó asimismo cálidos elogios –que Nerja es capaz de legítimas pleitesías- a la valoración y estudios literarios, de feliz concepto y atinado estilo, que Francisco Ayala tributó al *Quijote* (*Los ensayos / Teoría y crítica literaria*, Ed. Aguilar, Madrid, 1971), y citó, cuadernillo de apuntes en ristre, estos párrafos:

“Con toda la abrumadora obra crítica que pesa sobre el texto del *Quijote*, en verdad todavía está por hacer el análisis adecuado de sus diversos niveles, y maneras de prosa, y de la intención significativa a que responde.” “Cervantes sabe que la lucha es inútil, que las

cosas no tienen remedio, y así nos lo va a indicar, críticamente, en el *Quijote*, muy pronto. Pero que sea inútil la lucha no significa que carezca de sentido”.

Tras obligada mención de las agudas estampas ensambladas por John dos Passos en su “Rocinante vuelve al camino”, que lamentamos hayan dejado de circular, Nerja prosiguió su entusiasta discurso con cumplidas alabanzas de *La lengua del Quijote*, de Ángel Rosenblat (Gredos, fines de 1971), que ha enriquecido la mejor bibliografía cervantina y de cuya sistemática cala y certera recopilación me ilustró. *El Quijote* es “sin ambivalencias ni reservas, una exaltación de la libertad” / “Se ha observado –en Cervantes- su simpatía por los desheredados y menesterosos, por los simples, los fracasados, los locos... Había convivido con ellos en largos y duros años”.

Suma su bien timbrada voz al docto coro contemporáneo, inmediato, Franco Meregalli (Introducción al *Quijote* en *Tutte le opere de Cervantes*, 2 vols., M. Mursia, colección “Le Corone”, Milán, 1971), que al parecer de Nerja merece glosa de sus coordinados tramos: cuando considera que Cervantes es un anarco-humanista, al insistir en la meridiana ejemplaridad de la aventura de los galeotes, dada su captación de la indulgencia hacia hugonotes y protestantes –episodio del cautivo, relación de Roque Guinart-, al proclamar su penetración crítica, por el hecho de que manifestara “en un contexto histórico-ideológico hostilísimo”, habida cuenta de su “original promoción literaria de la libertad”.

II

Al conglomerado aleccionador –Andrés Nerja prolongaba su monólogo- se ha unido, fuera de programa y sin diploma académico, con generosa y versada heterodoxia, “el ensayo de tu amigo Ricardo Aguilera¹, que te recomiendo leas de nuevo, pues se dirige a un público más amplio, sin patente especialización, y por ello habrá de alcan-

¹ *Intención y silencio en el Quijote*, Ed. Ayuso, Madrid, 1972.

zar mayor resonancia, un eco popular: inducirá a los muchos desgarrados a un trato en presente con la fecunda, inagotable novela”.

“Apreciarás, al igual que yo, y que los hombres y mujeres medios, de la calle, ayunos de perjuicios y que no accedieron a erudiciones, además de un lenguaje elegante y sencillo, de un claro discernir y de una exposición persuasiva, que responde a un apasionado conocimiento del texto y de sus pretextos, de los clásicos comentaristas, latos o expeditos, la curiosa paradoja de que su abierta acepción humanista y social, sin ambages, es de noble prosapia romántica, aunque invoque la doctrina del materialismo dialéctico y recurra, en ocasiones, a su terminología, espoleado por un saludable propósito polémico”.

Andrés Nerja, desgarrado, huesudo, esboza un adiós, bordea la esquina de los mutis y se incorpora al genio, turbiamente madrileño, de estas calendas. Apenas sombra, quizás alucinación, su consejo nos guía –a ti, avisado lector; a mí, literario eventual- por las despejadas pero sustanciosas páginas de *Intención y silencio en el Quijote*. Al comienzo, en su desarrollo y en el epílogo, nos orea una sensación inequívoca de autenticidad.

Ricardo Aguilera lo ha escrito –tesis, alegato, rehabilitación, soterrada melancolía- por propio imperativo vital, con cívico tono, no en función celosa de su empeño docente. No hay en la obra el menor rastro de improvisación, de curandería. De modo sintético, explana luengas meditaciones de vibración íntima, sustentadas por ardiente afán de servicio.

Ni ápice de letra canónica, alma nuda. La exégesis se apoya, por los hondones, en postulados éticos, en la pertinaz contraposición del Poder arbitrario y de la asendereada –maltrecha- dignidad humana. (Recabaríamos el entronque, sin precisión de lo que no es axiomático ni insólito, con las netas tradiciones nacionales, desvirtuadas, enmascaradas, especuladas, a partir del senequismo, que ya descubrimos, en la veracidad del ser español, que no surge por generación

espontánea; junto al dictamen cabal de la realidad que nos cerca y despereza, el germen de la sociedad del mañana, que por su textura plural no admite adjudicaciones dogmáticas).

A ese tenor, la conducta no es sólo acción y “praxis” (voquible arrojadizo), sino vasta memoria, cualidad interior, solidario ejercicio, premisa de ascendente continuidad, formas múltiples –materialistas e /o idealistas- de la trascendencia.

El eslabonado razonar de Ricardo Aguilera, inestimable al provocar cordiales objeciones, utiliza como lienzo los acaeceres módicos y el decir enjundioso del *Quijote*, para una inserción tangible en el destino a que nos fijaron.

Y al marcar la comunicación que la sociedad impone, “y que el aislamiento de uno solo de sus miembros equivaldría a detener ontológicamente el curso de su evolución”, recapacitamos que un atentado, al individuo circunscrito, que en lo físico o mental pueda cometerse impunemente, destruye la noción de la justicia general.

Pareja peligrosidad, para el común y superior interés de lo humano, aquí y allá, supone “la palabra malograda antes de nacer, por causas ajenas a la propia voluntad, por razones derivadas de la vida de relación”, que degenera en “materia descompuesta del organismo psíquico”. Se impiden la holgada génesis y el puntual alumbramiento.

En efecto, a compás de lo afirmado por Ricardo Aguilera, Cervantes es un precursor. Añadamos que, por ello mismo, un recapitulador. “Crear es revolucionar”. Y también recordar... Paralelamente, la circunstancia cervantina, entre nosotros enquistada, le infunde rotunda actualidad, literaria y nacional. La condición-situación de Cervantes, en su época, traslaticia a ésta, de su “difícil equilibrio de acusador y escritor tolerado”, gracias a geniales facultades, que logran exteriorizarse –o ser veladas- pese a los obstáculos que erigieron, relievamos otras mermas de creaciones potenciales que, a rasero normal, padecemos. Un objetivo e indefectible balance ulterior lo registrará.

Uno, infeliz mortal, se detiene con espeluzno, en el enunciando “humanismo del gobernante”, que Ricardo Aguilera, de acuerdo con la moral del *Quijote*, desenvuelve, aunando ponderación y vigor, para recatar una dimensión ética.

A despacho del cambio de atuendos y pífanos, de la vestimenta de coerciones y enajenaciones a la moda, la que fue, a raíz de la derrota de los comuneros, torcedura y ortopedia de la genuina historia española, persiste en la medida en que se traba el derecho a la crítica, *indisoluble del esfuerzo creador, que de manera principal ha de concretarse en una literatura, vigorosa o atrofiada. ¿Pertencen al ayer o a las fechas que nos pautan las caracterizaciones cervantinas que Ricardo Aguilera propone?*

“Es fácil advertir el dilema que se forja en la mente del escritor. ¿No será un recurso inválido esta esgrima de sugerencias? ¿Hasta qué punto el silencio puede ser portador de valores expresivos?. Hemos visto que los *recursos* puestos en juego por Cervantes han sido eficaces. El loco, el simple, el traductor, el autor arábigo (yo mismo, acatada la enorme desproporción, ¿no entreveré la ficticia figura de Andrés Nerja, líneas atrás?) hablan con desenfado y dicen cosas que a nadie, seriamente, le hubieran sido toleradas. Pero llegan ocasiones en que no hay que colmar el vaso. Ese recurso del silencio viene a completar así el proceso expresivo. Pero el autor protesta ante esta necesidad y denuncia el propio silencio”.

Escritor excepcional, Cervantes. Frutos perdurables el dolorido sentir, transferido a un alto humor inventivo, y su entrañable, monda ilusión humanística. Español relegado, marginal en su tiempo y sociedad, levanta seres y símbolos, su sabiduría de consuno popular y letrada, sumido en el meollo coriáceo de la Contrarreforma tridentina. Y aporta al mundo todo el más complejo género literario, un realismo en que dramaticidad subyacente, aquilatada poesía, patética experiencia e ironía, piadosa o iracunda, integran lozano entramado.

No pocas discusiones estéticas y artísticas, que ahora menudean, solventadas están en la novela impar. Y las disyuntivas de comportamiento a que nos enfrentamos y las angustias que nos acucian, signadas y consignadas fueron en el *Quijote*.

La importancia del libro –palpitante, ineludible, existencial- de Ricardo Aguilera consiste en remitirnos al personalísimo diálogo, laico, profano, con el *Quijote*. Contribuye a resucitarlo, dentro de la sensibilidad del siglo, en la responsabilidad humana del español, abolidas –no obstante hipérboles tangenciales, que al fervor o al rencor se deben- las barreras esotéricas y momificadoras que han pretendido hurtarnos el mensaje cervantino.

*UNA GRANDEZA POÉTICA, HUMANA Y ESPAÑOLA:
VICENTE ALEIXANDRE*

“HUBO un tiempo –muchos años precedió a la justísima concepción del premio Nobel- en que creía ser, respecto a la humanidad, término que empleo con doble subrayado, de Vicente Aleixandre, y en lo que atañe a su singular orbe poético, uno de los incursos, hasta cierto grado, en su altiva y humilde dedicatoria:

*para todos los que no me
leen, para los que no se
cuidan / de mí, pero de mí se
cuidan (aunque me / ignoren).*

“Lo cierto es –prosiguió- que para llevarte la contraria, en vez de identificarme, sexual y cronológicamente, paso a paso, con su obra, gracias a los ilustres itinerarios que recabaste, entre otros, de Dámaso Alonso, Pedro Salinas, Luis Cernuda, Carlos Bousoño, Ricardo Gullón, José Luis Cano, Leopoldo de Luis, José Olivio Jiménez, me limité al conocimiento volatinero de algunas de sus “composiciones numéricas”, como quien toma los respiros indispensables para oportuno y completo acceso, en su sazón, al original lirismo

del sevillano-malagueño-madrileño: tríada de generoso río, mar de la paganía, espinazo de tierra.

“Mientras, trances de indignación con los exhaustivos y excluyentes perpetradores de tesinas y tesis doctorales, de toda laya y particular fuelle, en localizables departamentos de lenguas romances de universidades norteamericanas. Cuando me confían sus proyectos y enfoques es para echarse a temblar. Figúrate que uno de esos donceles rebosante de académica beatería, se dedica a escudriñar las palabras-clave en el vocabulario y temática alexandrinios, en su íntegra trayectoria. Aún lo oigo recitar, a guisa de muestras:

tiemblos

livor

fulgor (y anexos)

dulce

labios

y tropieza con los reiterados “dientes”, cuya plausible simbología no logra descifrar”.

Reciente declaración algo recriminatoria, a mi fiel escrupulosidad asestada, del consanguíneo, siempre heterodoxo y nómada compañero Andrés Nerja, al que tanto soliviantan las jergas y sofisticarías en boga, y de ahí que apele al ejemplo de lenguaje intrépido y dúctil, acendrado e innovador, de radical solera, que Vicente Aleixandre encarna. Pero volvamos a su discurso, durante un paseo gurriato, este encendido agosto, por lugares todavía recoletos, hacia los apartados lomeríos.

“¡Qué distintos (por sus entreverados derroteros, en su condición inmanente, a través del cotejo con la común y calificadora peripecia) los poetas de la llamada generación del 27!. Más bien diría que los une el signo general de la época y que no responden a una serie mínima de coordenadas. Su nómina oficial, circulante, dada la mera tipificación de la etapa histórica, propendió a olvidar presen-

cias complementarias y sucesorias. Salvo la caudalosa voz de Miguel Hernández y el entonces aleatorio encasillado de José Bergamín, mencionemos, de modo indicativo, a Juan José Domenchina y a Ernestina de Champourcin, a Concha Méndez, a Juan Gil-Albert y a José Herrera Petere, a Quiroga Pla y a Lorenzo Varela, a Juan Rejano y a Pedro Garfías, a Serrano Plaja y Antonio Aparicio.

“Mayoría forman los andaluces o de ascendencia meridional, despuntan los castellanos de cuna por la moldeadora residencia en tierras del Sur y de Levante. Gerardo Diego y su Antología, otro cantar. Sobresaliente fue la aportación, editorial incluso, de la revista malacitana *Litoral*, que Vicente Granados torna a reivindicar (lo hiciera con certero encomio don Enrique Díez Canedo), en su cuidado estudio, que me comentabas, de la génesis y evolución de la primera poesía aleixandrina.

“Pero a esa connotación deben agregársele los datos sociológicos de que, excepto Miguel Hernández, de tan inequívoca rai-gambre campesina, los demás suelen pertenecer a una mesocracia, de holgada o discreta posición; y que abundan, casi entonan, los que, apoyados en la docencia, pueden consagrar sus fervores y expectativas a la nutrición, creación y prevención poéticas. Así, abstracción hecha de Federico García Lorca y de Rafael Alberti, por la bifurcación que reclamarían sus acusados sinos de astro muerto y consecuente supervivencia. Dámaso Alonso (actitud vital muy social, según cuentan de pimpante humor e ingeniosas anécdotas, en quien la erudición parece acrecer la gozadora apetencia); de igual suerte, amor y pedagogía, elegante mundanidad junto a lúcida razón y finos saberes. Pedro Salinas; de pareja entidad, la noble enseñanza, en verso y aula, escultórico hasta el acento, tensados el pensar y el sentir, de Jorge Guillén; caso peculiar el de Luis Cernuda, profesor en contingencias del exilio, con cátedra libre, asignatura la crítica, en no pocos de sus escritos. ¿No le recuerdas como huidizo y tímido, él, que desfogaba su menosprecio por todo lo fraudulento y farisaico,

recorrer los pasillos del Fondo de Cultura, cuando iba a corregir pruebas de aquella pulcra edición mexicana de *La realidad y el deseo*?. Además...”.

Y Andrés Nerja se aferra, monologante, a las remembranzas y ángulos de comparación de Juan Gil-Albert, de José Bergamín, de Concha Méndez, a los que adjetivaba de hermanos siameses (Rejano-Garfías), a la sombra auspicadora de don Enrique Díez-Canedo, a las mesuradas intervenciones de Francisco Giner, a sus “bocetos” de León Felipe, a las jocundas comparencias de Manuel Altolaguirre y a las peregrinas historias de sus siete imprentas, en la península y en Ultramar (La Habana-México).

Aprovecho esta conocida, divagatoria exuberancia para corregir, *in mente*, su grave omisión. La mayor afinidad situacional (y ustedes disimulen) de Vicente Aleixandre se produce, a mi entender, con Emilio Prados. Sus enfermedades -de parentesco genérico- influyen en las correspondientes tesis existenciales. El cálido respaldo familiar, fraterno, también los hace convivir, a pesar de la distancia. La hermana de Aleixandre, a su vera, en Vellingtonia, el eminente psiquiatra don Miguel Prados, tendía a Emilio sus brazos y respaldo desde Canadá. Similares zonas de reclusión y nostalgia: *Sombra del paraíso*, *Jardín cerrado*. Ambos, “animados” por una sensualidad de mediterránea índole. Intermedia, y final versión panteística de Vicente Aleixandre; mayor decantación metafísica, intimista, en lo que a un Emilio Prados, penúltimo y epilodal, concierne. Uno de los más altos exponentes del destierro interior -Aleixandre- coincide con Emilio, candil votivo del exilio exterior, en su honda compresión y entrañable estímulo de los jóvenes que la poesía profesan, en prácticas y aproximaciones. Tales puridades, quizás allí y aquí sueltamente formuladas, se agolpan, con trazo emocional, en la imaginación de lo que traté sólo me cupo atisbar.

Mi silencio congregador frente la verbosidad de Andrés Nerja y provoca su réplica, cuasi telepática, a mi evocación:

“Te distrajiste. Por tu cuenta andas rumiando. Aunque ello se “acerque” a nuestro protagonista de hoy... y de ayer... y de nuestro probable mañana. Alrededor de Aleixandre, ¿de acuerdo? Aleixandre, un sistema heliocéntrico literariamente. Su estatura mental y moral, sensitiva, armoniza con una amplia más amarga circunstancia propicia. Carlos Bousoño lo apunta en su espléndido y riguroso y fervoroso análisis. El subtítulo –“Una época favorable a la poesía”- de ese capítulo iniciático apenas ocupa dos páginas en un total de 557 y el encuadre globalizador no se adentra en la necesaria caracterización histórica española. Objetarás que el cumplido propósito de Carlos Bousoño se ajusta más a predicados de examen conceptual y estilístico y tampoco aborda –asunto volutivo, de criterio y edad- la neurálgica ubicación de Aleixandre en el exilio interior, en sus zonas de varias marginaciones, lo que han resultado, verbigracia, en numerosas oportunidades, José Luis Cano y Leopoldo de Luis. Sin embargo, yo percibo un vacío explicativo. Y me duele la falta de referencia precisa al entorno y meollo del siglo en nuestra asendereada patria.

“Es frecuente, y en la raya de lo manido, atribuir, de manera única o monopólica, a determinadas corrientes –filosofía, enseñanza- la catalización de entusiasmos, inventivas y energías, que habrían de acarrear la instauración de la segunda República y su impar tarea de cultura y educación, aquel renacimiento sin parangón alguno en nuestros “azarosos destinos”.

“De nuevo se confunden efecto y causa, manifestación ostensible y corrientes profundas. Sobre todo, tendemos a la ofuscación de “contraponer” en lugar de marcar las fecundas confluencias, el sino coadyuvante de nuestra natural pluralidad.

“No significa redundancia, sino instructiva memoria, relieves que, insólitamente, en el último tercio del siglo XIX y en las tres inaugurales décadas del que pronto expirará, se aúnan los imprescindibles lujos de los conocimientos superiores y la estética virtud de una minorías selectas y conscientes de su responsabilidad comunitaria,

con los brotes y articulación, espléndidos, concéntricos, de una que-
rencia, ejercicio y adscripción populares de cultura.

“¿Cabe olvidar que se conjugan y acompañan, bajo la orto-
pedia y tramoya de la Restauración (homologable al período que se
nos ha impuesto, mas ahora con sobrado acopio de rastacuerismo,
sin pizca de categoría, en desangelada y ratonil picaresca) y en el
transcurso de las aceleradas fases donde germina la República, las
actividades fundacionales de la Junta de Ampliación de Estudios, la
Institución Libre de Enseñanza, el Instituto-Escuela, la gestación de
las Misiones Pedagógicas?

*con la firme constitución y templado caminar de nuestro mo-
vimiento obrero, esencialmente “eticista”, poco inclinado al volup-
toso teorizar que a bizantinismo conduce: su manifestación literaria,
personalizable en Anselmo Lorenzo; su castiza acepción socialista, a
través del sólido y constructivo temperamento civil, cultor, de Pablo
Iglesias.*

“La verificación y repercusión ambientales de los grupos
escogidos logran injertarse en la tradición genuina, la resucitan, y
de consumo asimilan o adelantan las flamantes escuelas artísticas,
intelectuales, literarias (el surrealismo y las vanguardias, en su lata
semántica).

“El venturoso fenómeno es factible porque las clases trabaja-
doras expanden su hambre y sed de cultura, en las Casas del Pueblo,
que jalonan la geografía nacional, en los Ateneos Populares, de tan
destacada significación en Cataluña y Asturias, merced a la conjun-
tadora labor de agrupaciones corales.

“Historia real, de meditaciones ahincadas, sudores e ilusio-
nes, a la que concurre buen número de inquietudes “solidarias” y,
por ejemplo, algunas Sociedades Económicas de Amigos del País,
que mención merece, al representar un “trasvase” de los “ilustrados
carolinos”.

Asiento. (Al cobijo de un paréntesis mudo enmiendo una amnesia más de Nerja, lo que en toda coyuntura recalqué: estos surgimientos y resurgimientos cristalizarían asimismo en la decisiva irrupción de las asociaciones estudiantiles (FUE), concentradas en la Unión Federal de Estudiantes Hispanos, en cuyo haber registramos su propuesta de reforma de la enseñanza, que facilitaría inestimable pauta al Gobierno de la República; y que acreditó su capacidad organizativa con la creación y sustentación de la Universidad Popular, índice de su responsabilidad social, que en Madrid funcionó y que en otras ciudades se realizó o se intentó).

Cito, en cuanto a influencias sustantivas, que la comunicación con las interpretaciones freudianas, que habían de imprimir perdurable huella en la visión antropológica y psicológica de Aleixandre, la posibilitó el consejo de traducción –el castellano, en *première* mundial- de José Ortega y Gasset al editor Ruiz Castillo.

Procuro calibrar –confirmar- que la escritura surrealista del autor de *Espadas como labios* no requirió previas informaciones importadas, sino que éstas fundamentaron, corroboraron, sus emplazamientos, lenguaje y metáfora. A la postre –o al comienzo- esa propensión a hiperbolizar, a desquiciar cosas y valores en pos incesante de un orden más expresivo, lo llevamos los carpetovetónicos en la sangre.

(Por los sonados barrios, circos y galerías de París se desgañitan los iberos natos y netos: Ramón Gómez de Serna, Pablo Picasso, Dalí, Miró).

Falsa hasta la sencilla manera con que las muchachas cuelgan de noche sus pechos que no están tocados.

Los versos que Vicente Aleixandre caligrafía, en acompañamiento o premonición de un imborrable clima europeo, no son fruto de la causalidad y del simple instinto, sino propia trayectoria, y los que a continuación reproduzco y que implican impresionante salto temporal, ¿no reflejan o anuncian las pinturas de Tapies o Millares?

*Mientras el cartón, las cuerdas, las falsas telas,
la dolorosa arpillera, el mundo rechazado,
se retira como un mar que muge sin destino.*

Vislumbre, adicional, de la penetrante captación de Vicente Aleixandre.

“Advertiría el más lerdo –saja Andrés Nerja su meditación-, y yo estoy lejos de serlo, que has vuelto a “enconcharte”, una de las certeras locuciones, de la calle, del platicar mexicano”.

Pero nos une, en el sosegado charlar a la vista del filipino Monasterio, feliz concordancia al hacérsenos aún más evidente la grandeza poética, humana y española de Vicente Aleixandre, en sí y en su difícil circunstancia. Que los timbrados honores y las curiosidades, no por tardíos menos deseables, refrendan.

A tenor del libérrimo suponer de Andrés Nerja, la venturosa identificación de Vicente Aleixandre con sus coetáneos y costerráneos, proviene de los siguientes sustanciales factores, a los que quizá se sumen unos derivados conflictivos, lo que sobradamente temo desemboque en orgánica teoría de mi extravagante interlocutor:

Vicente Aleixandre posee una recia noción de su “misionalidad”, que no impide nos trasmita su sencillez, la de un ser afectuoso y afectivo, no afectado;

A pesar de planificados y moderados viajes, el poeta no ha podido deambular a su aire, tiene una óptica predominantemente estática; de ahí que sus versos nos trasluzcan un busto o talla, o ademán, estatuarios, lo que se refleja en el sabor clásico que incluso descubren sus vocablos e imágenes de corte surrealista y que rastreable resulta en su audaz sintaxis y cernido, gratificador cripticismo, en ciertos parajes;

(Únicamente a Nerja incumben estos osados juicios). El confinamiento físico –y social, en largo trecho de la persecutoria posgue-

rra- acrecientan su “genio” acogedor, irradiante (¿habrá redactado sus “Memorias”?, ¿alguien cercano, cotidiano, recogió noticia directa de sus imborrables hospitalidades?);

Vicente Aleixandre conjuga (¡átame esa mosca por el rabo, descarado Nerja!) vida y letra, ideas y metáforas, fisiología y trascendencia, infunde alma y espiritualidad al cuerpo, succiona claridad de la tiniebla, cimenta en dicotomías su pensamiento poético, se afianza en su señera subjetividad y deja que adivinemos en recóndito titubeo... socrático.

porque no conocer es saber último.

Ya divisamos las cumbres y collados del atardecer serrano, inmersos “en un vasto dominio”, que calienta las cenizas del mágico pincel velazqueño. O en equis medida –sugerimos la semejanza- el verso corto de Aleixandre reivindica la primigenia frase breve, sinco-pada de Azorín.

He aquí el “ámbito” de nuestro idioma, la *Sombra del paraíso*, futuro, interiorizado, sólo terrenal, los lugares donde, sin pausa ni cortesánías, habrán de escenificarse “la destrucción o el amor”, con esmalte de bosques, en la planicie, en los montes bajos, hacia las cimas, “espadas como labios”.

Nerja, ensimismado por lo que amenaza ser su decálogo aleixandrino. En sordina pronuncio aquellos principios contrapuntísticos:

“Haces camino. -¡Qué gusto verme así en el entrecielo!
-(*La mirada*)- ¡Mira cómo se adivinan los desvelos de la noche! -(*Se ha cerrado la comba fría.*) -¿Estoy lejos?- (*Y palpita...*) -¡Qué tristeza tan oscura!- (*... de silencio*)...”

Pero, en definitiva, siempre antes y después, ha de considerarse a Vicente Aleixandre como el más actual de nuestros poetas románticos, plagia Nerja:

*Soy la música que bajo tantos cabellos
hace el mundo en su vuelo misterioso,
pájaro de inocencia que con sangre en las alas
va a morir en un pecho oprimido.*

Fue un hermoso intervalo que ni él ni yo deseábamos cancelar.

JOSÉ RAMÓN ARANA

I. VERDAD E INVENCIÓN DE MOSÉN JACINTO

ESTAS páginas prologables no pueden ser lo consabido, la introducción canónica que entrevera fórmula, compromiso y encomienda. Más bien significan, desde la entrañable fraternidad, personal y literaria, nueva heterodoxia. O herejía rezagada, pues la aparición, tan escandalosamente tardía en España, de *El cura de Almuniaced*, mor de la censura (y al fallido, generoso empeño del editor Jaume Aymà, hacia 1971, me remito) y de varias menudencias adversas, se ha visto corroborada después por la inclemente suerte que regiría el quehacer escritural de José Ramón Araña: vivo o muerto, reñido con las alharacas.

La novela de José Ramón Araña accederá sólo a su público naturalizador, en su lar, de manera irritablemente aplazada, he de reiterarlo. Viene a implantar un valor que no descansa en ningún comodín de actualidad. Es franja inconfundible del desigual retablo del exilio, que el desconocimiento –inocente o culpable– hurtaba y que hoy, al desvelarse, nuestra entera vigencia, rara ejemplariedad. Y pasa a ocupar el lugar patrimonico que en nuestras letras le corresponde.

Coherentemente, *El Cura de Almuniaced* es un texto breve –para el género y motivo–, condensado y fluido, camino que ha de recorrerse con andar cadencioso, pues de lo contrario, a merced de las modernas premuras, no alcanzaríamos a captar el paisaje que por los cuatro costados otea, ni las gentes, sobremanera particulizadas y veraces, que únicamente “allí” y “entonces” alientan. Cabe establecer un elástico parangón, en punto a intensidad última y palpitante trascendencia de los sucesos, con la filósofa atmósfera de brumas y los alucinados tipos que, en el acotado recinto de “Pedro Páramo” del jalisciense Juan Rulfo, respiran y hablan, expiran y resurgen.

Antes de que apareciera, tras su publicación en México, 1950¹ y en distintas ocasiones, a contar de 1967 y a raíz de mi retorno a España, he leído y “releído”, con fiel agrado, notable provecho y edificación suma, una de las mejores narraciones que mejor expresan la conmoción de la guerra civil y de consuno descarna los móviles humanísticos, legítimamente espirituales, que sustentan la actitud toda y la singular trayectoria de José Ramón Arana.

Empleo consciente y no caprichosamente el término “releer”, porque ilustre cualidad de *El Cura de Almuniaced* es proclamar lo que modo informe colegíamos, proponer los articulados mensajes que nuestra dispersa voluntad aguardaba. Y en cada cala y cata, la obra se nos revela más serenamente transida y con cabal fraseo, como si la versión de protagonista y figuras colindantes brotaran del mismo ser de Arana, germinados en sus adentros, y nos lo ofreciera combinadamente vestidos y desnudos. Cual imponen el recato y la verdad.

La consustancial afinidad de “héroe” y “autor”, en trama que cobra categoría estética, es una de las facetas distintivas en el debate que dirimen *El Cura de Almuniaced* y José Ramón Arana. Y uno

¹ La crítica ha señalado que la creación más coincidente con *El cura de Almunaciad*, en atmósfera, víctima paradigmática, época y argumento, es “Réquiem por un campesino español”, su ilustre coterráneo Ramón J. Sender, cuya primera edición data de 1953, en la propia colección “Aquelarre”, de México.

se pregunta a quién ha de atribuir la paternidad de este drama, si al que compuso la ficción plausible o al varón que pintado, orado y sacrificado permanece. En alguna ocasión he llegado a sospechar que al verificar la biografía de Mosén Jacinto, José Ramón Arana fue, ignorándolo, ¿o quizá nos lo ocultó?, un superviviente de su invención. O de su transposición. Episodios azarosos, abnegaciones y empeñamientos, sentido metafísico y contenidos mentales, delirios y ternuras, españolísticas zozobras y esperanzas, de José Ramón Arana, a tenor de la memoria que me legara, se me transparentan, a la luz de *El Cura de Almuniaced*, como penitencias de la utopía moral cometida.

En *El Cura de Almuniaced* y al arrimo de su ámbito aragonés, de un pueblo interior, limítrofe, indefinidamente amurallado, crepita el fenómeno múltiparo del complejo y extremado enfrentamiento que, de 1936 a 1939, vierte caudalosa y preciosa sangre y produce pertinaces traumas en los hondones del país. Sin embargo, las tremendas sacudidas y su trágico transcurso, y el no menos inexorable remate, no se reducen a histórico estallido, sino que sirven para acendrar –bioquímica del mal, halo de la bondad– conductas y conciencias. Porque son horizontes y sensibilidades que, cifrados en una contienda medularmente fratricida, representan el principio y el fin de un mundo.

Que arranca, en el portavoz llano y sin brizna de histrionismo que es *El Cura de Almuniaced*, de una niñez que asesoró inagotables e inefables recuerdos

“en ella tuvo su amor de adolescente, amor ingenioso y dulce como una tenue neblina de melancolía”.

“... a veces se asombraba de hallarse en la vejez con el alma jugosa de la mocedad”.

Su ilusión de Dios era asumida en tanto que “gran regazo de ternura y de misericordia”, pero a pesar de este cálido arrobamiento sufría,

en largos tramos, creciente el punzar, “el agujón de la duda”. Y en ella debía contribuir la observación, a su alrededor, “de las gentes ásperas, remotas, como aplastadas de fatalismo y de tristeza”.

Mosén Jacinto, *El Cura de Almuniaced*, es el modelo de un carácter. Retenemos que había ayudado en las faenas del campo, prestó sin réditos, se opuso al usurero, don Froilán Pérez (motes indultados), y hubo de testimoniar el fervor esparcido, de una nueva convivencia, al advenir la República, en los burgos que erosionó la abulia y casi petrificados semejaban. Este lapso, de balbuceante democracia, se transunta en ceñidos párrafos y de seguro impregna la concentración, cuando el sacerdote sube a la solana, “de la barrera intensamente azul de la Sierra Monegrina”.

A compás del infortunado acaecer, al perpetrarse la sublevación, “la luz bárbara de julio” socarra tamaños parajes y seseras. Y se inician las cuitas y angustias de Mosén Jacinto, que ya por intrigas del mentado don Froilán padeció la iniquidad del Obispado, discute con el notario acerca del reciente alzamiento y todavía incrédulo del objetivo real que los sediciosos perseguían, afirma que no entiende de sutilezas, es decir le pide tiempo a su tiempo, para opinar y “pronunciarse”, no obstante avizorar, estrujado por la pesadumbre, que “el único diálogo entre nosotros es a tiro limpio”.

Y hasta temió, en el proceso de obcecaciones, que él incurriera en odio a los que odiaban...

Hombre de “acompañada soledad”, nada extraña que sus reflexiones entronquen con las de Unamuno y que por esos derroteros dirija lo que denomina sus “filosofías”. Por su condición central, asaz individualista, pero no excluyente, *El Cura de Almuniaced* se integra con los seres, manifiestamente antagónicos, de su entorno. A los citados usurero y notario (anverso y reverso de una medalla), se agregan la fisonomía torva del cabo Galindo, la peculiaridad sugestiva de don Jerónimo, el médico de cuna vasca. Reparto en el que incluso los entes de secundaria comparecencia, hállanse rotundamente indi-

cados, trazados, sin lastre alguno de inautenticidad ni asomo de muñquería. La novela se cumple mediante dos métodos de captación: de un lado, los actores; del otro, una serie de hechos, cotidianos y excepcionales, que los decantan.

La palabra, fundamentalmente poética y sentenciosa, de José Ramón Arana (que no logró exhumar “el desván de los recuerdos”, apenas la primicia de “Can Girona”) cambia de tono y acento al registrar la irrupción de los grupos cenetistas, de muy pintoresco y abigarrado aspecto. Y su verbo se encrespa, imantado por la furia y violencia que desata Mosén Jacinto contra un miliciano, tosca y puerilmente culpable de sacrilegio.

La enfermedad que este ataque de ira acarrea a Mosén Jacinto nos conduce a uno de los más certeros y aleccionadores intervalos de la obra, del conflicto. El reencuentro con Fermín, que monago fue a sus órdenes, emigró a Barcelona y vuelve, convertido en jefe de centuria, maduro en convicciones, somete a severa revisión los conceptos profundos del párroco paternal e infantil, asimismo a través de los surcos y alegorías del sueño. Y le plantea qué papel compete, en el marco de la general ruptura, a la iglesia, de la que se siente, inexcusablemente, ministro y expositor. Bajo el prisma religioso y ético, en plena lucha, Mosén Jacinto se encara con una de las claves de la guerra civil y de sus inmediatas consecuencias. Y señala el origen del magno pecado estamental, que únicamente la humilde y tesonera recristinianización conseguirá expiar.

“No hay después –medita-. Un día callarán los fusiles y alguien dirá que ha llegado la paz, pero será mentira. La guerra estará en nosotros y nosotros en ella, inmóviles en este tiempo: ¡que no se puede matar y ver morir impunemente!”

Plástico, acelerado girar de las batallas, y de las anécdotas que con nuestra memoria y perspectiva las identifican. A la postre, para evitar importuna glosa, se apoderan de Almuniaced los que Mosén Jacinto hubiera estimado “suyos”. Y en tal coyuntura, con

ritmo anhelante –apuntaría que, por compenetración, le falta el resuello-, Arana acude al desenlace, de magnífica sobriedad, lo precipita e inserta en bellísimo oleaje de evocaciones, que a noble rezo ascienden.

La virtualidad de la emoción y sus enunciados artísticos, la sustantiva dignidad del estilo y la tangible reciedumbre de los temperamentos congregados, rodean a Mosén Jacinto, cura de Almuniaced, por los siglos de los siglos, en fusión precisa de símbolo y realidad, que confieren a esta novela su relevante, magistral ubicación en la narrativa española contemporánea.

Me parece, inolvidable José Ramón Arana, que en la interpretación esbozada, mi óptica de *El Cura de Almuniaced* estuvo teñida en demasía por el conocimiento camaraderil que muchas vicisitudes aquilataron. Parejamente, que nuestra relación amistosa condiciona el juicio estricto, literario. Y no dejo de temer que la todavía palmaria proximidad de aquel jalonado combate, que estremece y traspasa unos avatares y a quienes en ellos se verifican, partícipes del desgarramiento histórico, desmesure, en cualquier dirección, la prestancia comunicativa de tu relato.

Talmente como si conversáramos, en una de las numerosas pláticas que nuestros existires moldearon, imaginemos que se han eliminado los tres supuestos antedichos. Y que tampoco persisten el nimbo y el recelo que por estas calendas gravitan aún sobre la narrativa del exilio anterior de 1939.

Alboreado el siglo XXI, tu libro será, causal o volitivamente aprehendido, comentado, por una joven pareja, en ese futuro a la vuelta de la esquina, y en una tierra que al cabo, confiemos, les pertenezca, en comunitario usufructo. Alguna noticia tendrán de la guerra civil que desencadenará en 1936. Fácil es que ciertas premisas de cultura transmitida, de herencia lingüística y de comportamiento costumbrista se les escapen, al comienzo. Pero bastarán un par de capítulos para que perciban la contextura anímica de *El Cura de*

Almuniaced y la filosofía de la concreta sociedad en que se desarrolló; mirarán, con esos ojos lúcidos, o ungidos de lentas legítimas ardientes, de Mosén Jacinto, los llanos, valles y montañas que contribuyeron a esculpirlo.

Y sin la certeza de las caedizas circunstancias, sin el humo de las pasiones quemadas, por graduación palpablemente artística, redescubrirán la perennidad de *El Cura de Almuniaced* una hermosa, patética retama del humanismo español, a renacimiento destinado:

*Tus cenizas
aspiran al fuego
y crean así.*

*Jubiloso rictus de llama
imploras,
alfarero de tu sombra,
de una sombra*

II. EL RESCATE DE LA REALIDAD SUMERGIDA

Mermas, quebrantos, olvidos, desconocimientos y compulsiones, amén de juegos malabares, han grabado –y lastran– el vital desarrollo, en variedad, en profundidad, de la narrativa española, a la deriva en las últimas décadas.

Y ello ocurre, precisamente, cuando la materia novelable podía haber sido más propicia y rica, al producirse el fenómeno humano de una experiencia polifacética, de intensidad extraordinaria, que a formulación artística aspiró y tiende. Pocas veces coincidieron, con parejo vigor, aquí y allá, ámbito patrio y abigarrada diáspora, tal número y calidad de escritores capaces de registrar y proyectar las estremecidas zonas de la historia nacional, la accidentada geografía de sus personales resonancias.

Aunque la reparación del inconmensurable daño principió a deshora y peque de fragmentería y esporádica, se impone como tarea común, de pública utilidad. Afecta a la obra completa –a salvar las cicaterías que la perspectiva anula- de los fabuladores ejemplarmente fecundos. Debería sacar a luz las aportaciones en germinación, escondidas o asfixiadas. Exige la recuperación de los novelistas de sobria y concentrada voz, cuyo carácter y originalidad les confieren sobrados méritos para un acceso sin trabas a sus lectores primordiales.

Entre éstos, José Ramón Arana, un depositario lúcido de la dispersa memoria palpitante, comunicativa. De ahí que la publicación del libro inicial de su serie “Por el desván de los recuerdos”, que lleva por título el nombre de una fundación barcelonesa, “Can Girona”, constituya notable hecho literario. Y todavía más hoy, dada la fidelidad que acredita a una concepción del mundo en albor y a su pueblo sumergido por la forja amorosa de un estilo, de consuno sereno y transido, facultades con que Arana orilla –para llegar a su ribera, es decir, a nuestra emoción y a nuestra razón- las modas sólo coruscantes.

Las páginas que siguen, y al mismo tiempo comienzan toda una peregrinación del ánimo y el rescate de la previa, contigua realidad, poseen una definida fisonomía que huelga cualquier exégesis. Nada esotérico “Can Girona”, ni en trama ni en composición. De prosa directa y transparente, con justos engarces líricos e insólita veracidad del diario lenguaje, es, a mi entender, una de las nuestras más cumplidas novelas sociales. Descascarado de perjuicios, sin alicorto propósito didáctico, el relato alcanza esta neta condición por su fluida raigambre testimonial, gracias a la fuerza inmanente del plausible transcurso.

“Can Girona”: el resultado –estético, moral- de lo que se presenció, ejerció y compartió; el haz de avatares que José Ramón Arana asumiera y que, en plena madurez, reintegrado calladamente

en 1972 a sus lares, al cabo de un destierro que de 1939 data, ha sabido reconstruir, con trazos de ceñida vocación. Desde sus adentros, convoca, un genio de solidaridad y recias encarnaciones, a los obreros que le ilustraron, ejes de la existencia colectiva, hambrientos de dignidad y ensueños, por aquellos años postrimeros, de la dictadura primorriverista.

José Ramón Araña, huérfano de nuestro rural; muy niño era. Cribado en duros oficios de agrios claroscuros. Lo templaron fábricas y talleres, guerra y exilio. Librero ambulante (Otaola lo retrató en crónica tierna y ácida) y fundador en México de la revista “Las Españas”, de trascendencia acrisolada. Cantor del “Mar del Norte” y del “Mar Negro”, su “Ancla” en una isla del Caribe, después de esquivar la ocupación nazi de Francia. Siempre España, “a tu sombra lejana”.

Ahincada meditación aragonesa de Arana sobre el áspero destino español. Albergó en ojos y corazón los paisajes de infancia y mocedad. Y guarda en cera caliente la clara estampa de los varones rotundos y de las mujeres cabales que enmarcaron su terrenal contorno. Nos cuentan recatadas hazañas, sencillas enterezas.

En prosa flexible y sillar, la visión injerta de almas y cuerpos, antítesis del señoritismo procaz o inconfeso, afirmación la suya que frivolidad, artificios y menjurjes excluye.

Sus guías constantes (que acendran el periplo de un espíritu, ni en asomos mimético), Antonio Machado y León Felipe, sus afinidades electivas. Y el imán de Unamuno, que a respetuosas discrepancias induce.

Ensayista de temática sustanciadora –repulsa incansable de la pereza mental, de los fanatismos estentóreos o disfrazados- y de sólida argumentación, poeta de pudorosa parquedad, observador de vetas y venas psicológicas, ser que por fuero espontáneo a la comunidad se entronca, tras aguda percepción de los dramas íntimos y de una sociedad en crisis. Arana significa en nuestras letras una

amplia modulación religiosa, laica, civil, que belleza y hondos sentires conjuga. Los signos tipificadores de su impar novela “El Cura de Almuniaced”, aún proscrita, ya nos invitaban –textual, premonitoriamente- a penetrar en el “desván de los recuerdos”, que con “Can Girona” descorre sus fallebas.

PÍO BAROJA: VERSIONES DE UNA VISIÓN

ESCENARIO poblado de semejantes y prójimos, donde tampoco faltan los espectros de la negación y de las tinieblas, la percepción del mundo, fase auroral de la conciencia, nos llega “a través de las poternas de los cinco sentidos”, la expresión placía al inolvidable Benjamín Jarnés.

Y esta verdad de personal revelación, primario saber y presto reconocimiento, de intuición liminar, común característica del proceso fecundador de nuestra especie, se manifiesta con mayor agudeza y poder trascendente en la génesis de los quehaceres culturales.

Sobre todo, e incluso de manera más directa que en el mero ejercicio intelectual, a las abstracciones enfocado, por conducto de la creación literaria y artística, que si bien implica módulos mentales, únicamente resulta plausible, auténtica, cuando proviene de un finísimo registro de emotividades. Logra, entonces, autónoma forma comunicativa y aporta un lenguaje inequívoco de la sensibilidad.

Examinemos, por ejemplo, aliviados de los presupuestos usuales de catalogación, la obra de los grandes narradores –los que fabulan la realidad y corporizan la fantasía- y advertiremos la urdimbre polisensorial que de un ser emana y a nosotros revierte, ya plasmación principalmente estética.

En poesía y novela “los cinco sentidos” pautan, con huellas de inconfundible origen, a los autores capaces del cíclico retorno, tipificados por una mayor decantación hacia una de estas guías ex-

ploratorias del medio y de la sociedad, de ancestros y coetáneos. Así, al igual en estilo que en temática, fácil resulta establecer una clasificación de novelistas predominantemente orientados por la audición. O que se centren en la táctil pericia o destaquen por sus captaciones de los sabores o nos transmitan, preferentemente, indicaciones olfativas. Y aquellos cuyo don señero radica en la mirada.

Con las pupilas por entero abiertas debió nacer, aunque sus deudos tardasen en atestiguar la prodigiosa facultad, don Pío Baroja. (Obvia la doble fraternidad que a su hermano Ricardo le unió).

Observar y contemplar, abocetar y perfilar, aprehender en la ruina colores de rotunda violencia, lumínicos temblores, los ricos juegos del claroscuro, constituyó la impronta de su vida, un signo capital, a mi entender, de su contribución literaria.

En Baroja, prioridad de la versión óptica, de lugares, conflictos y personajes. Asimismo impregnados de sus iris, juicios y prejuicios, filosofías y dogmas. Animado retablo de España, en crepúsculo de mayorazgos y amaneceres ígneos, de rebeldes, arquetipos de la ensoñación autobiográfica. Don Pío, impar en la soltura, destreza y economía expositivas, “pintaba” con palabras, frases y períodos.

Y no ha de extrañarnos por un imprevisible desacate de ordenanzas que Baroja abandone, provisionalmente al menos, los altares –busto o rótulo- erigidos. Y emprenda “nuevos caminos de imperfección”, que peregrinar explica su santo y su seña.

“Óptica” de Pío Baroja, a la que corresponde una vocación insobornable de andarín tenaz y a ratos y trechos moroso. Pies errantes para ojos de linces, prontos a legítima cólera ante la vileza, la hipocresía y la beocia insufrible. Pero que en párrafo aledaño se crean con el diseño lenitivo de los melancólicos o majestuosos paisajes. Que él suele reproducirnos gracias a encuadres certeros y trémulas tintas suspensorias, apuntados al horizonte, en prez de panoramas. Y al socaire, la recatada ternura y el viril padecer que a partir de la cuna, calderonianamente, lo mecieran.

Para mí, andaluz limítrofe y problemático, Baroja representa el modelo de la visualidad honda, implacable, casi siempre de concisión elegante. Uno ha de otearlo en su monólogo de retratos, de espejos, a la caza de los rasgos, a veces exasperadamente caricaturescos, de las fisonomías que, inmóviles o en tránsito, se le cruzaron, persiguió. Atento a la grafología de los gestos y de las muecas, al reflejar intrépidas noblezas, pomposas oquedades, la feroz distorsión de la barbarie y del primitivismo, la mísera petulancia facial de los adocenados. Y ocurre que al relatar esas agruras y bellezas, exprimiéndolas, don Pío se toma un respiro y para recobrar aliento traza la estampa del valle solariego, del mar embravecido, de la montaña abrupta y cimera, del rincón o paraje urbano que, a distancia cierta, adquieren hermosa, patética o consoladora entidad.

(Emplazamientos y pausas descriptivos, plásticos paréntesis, que después alcanzaron peculiar calado lírico en “El Jarama”. Así, Rafael Sánchez Ferlosio anuda, con puentes mágicos, óleo y acuarela, las orillas de los vulgares chácharas dominicales).

Ejecutor de las más rigurosas disecciones injertas en nuestras letras –el avatar médico estimuló su capacidad inmanente-, Baroja operaba en cadáveres revestidos de falaz revoque existencial. “En un país –viene a decirnos de tal suerte- que abundan en máscaras grotescas”.

Pero al rozar la esquina, don Pío enarca las cejas, busca su oxígeno: la Naturaleza de estado puro y agreste. Se apropia de la suave curvatura de tierras y collados, rinde cabales admiraciones al dentado escorzo de las costas, testimonia el llano afilado que cruje bajo el peso polvoriento de la infinitud. Plañen en sus párpados los cielos plomizos.

Baroja fue también básicamente “óptico”, “impresionista”, en la afición profusa al veredicto de las ideas, que se adhieren al entramado de las conversaciones y les superponen categóricas opiniones

individuales. Baroja, demiurgo vasco, de entronque nitscheano, tercia sin embozo no vocero interpósito.

Procuro trasladar lo que de Baroja considero más valioso y significativo. (Y que, entre otros, recogieran, más sólo como cualidad adyacente, Gaziél, Salverría, Eugenio d'Ors, "Andrenio"). Empleo ahincadamente el anillo verbal de nuestro tiempo. Porque él, a la vera del "árbol de la ciencia", proyecta en el hoy genio y figura, lidia y gana "su" batalla de actualidad.

No se trata, a secas, aunque este memorable homenaje evidencia virtualidad y contigüidad, de una efemérides contrapartida, de notable resonancia. Es algo más: el plebiscito constante de sus lectores neófitos, que se suceden, con fiel entusiasmo, en el decurso del siglo. Y la fascinación que ejercen sus libros en los que de jóvenes los frecuentábamos y ahora los reencontramos.

No sobraría en 1972 un estudio socio-psicológico de las causas y efectos de esa devoción, tan amplia y firme que arrostra y supera un semillero de discrepancias. Un borrador, ahí, de radiografía nacional, compuesta de receptividades heteróclitas, pero que muestran el genérico aglutinante de una realidad pugnaz, apenas blanqueada a retazos.

Lo que don Pío Baroja vio -dilemas, criaturas, monigotes, convencionalismos, roñosas inercias, frustraciones-, ¿ha desaparecido en raigones y supuración? ¿Acaso pueden tildarse de anacrónicos su talante y acento?.

De resucitar... Recorrería su patria de rabo a cuerno, escudriñadores los ojos, menudo y porfiado el paso. Había de descubrir más desiertos los pueblos marginales. Y que las ciudades sustituyeron los desmontes y campos de desperdicios por bloques colmenares. Presumo que le escandalizaría la penuria de tipos curiosos, de una pieza. Lanzaría sus trenos contra nuestro anhelo de futesas y apresuramientos, untados de técnica prestada y cosificaciones tra-

paceras. El lenguaje híbrido, empobrecido y matalón, le punzaría los nervios. Para él hostiles los relevos de ídolos, la triste embriaguez de la múltiple velocidad absurda.

¿Se le plantearía una grave opción, de trámite previo: silencio o certificado de locura?. Quizá se armara de paciencia y por el acicate pictórico de las indumentarias abigarradas, que proclaman instintivamente el derecho a lo singular, y merced a otros datos prometedores, de magnitud equiparable, decidiera llamar a la primera puerta de un pasillo angosto, “negruzco”, de edificio alto y suburbial, para que le franquease la entrada un joven adusto y ensimismado o un varón maduro, caviloso y estrafalario.

Bastarían los saludos, limpios de ceremonial, para que don Pío identificase a los supervivientes del que fue, y aún es, su disperso microcosmos. Enablada la plática, condimento de hipérbolos, filias y fobias, que en determinada proporción estimamos arbitrarias, volvería a resplandecer el amoroso dolor que la integridad socavada y la gregaria libertad del hombre moderno excitaron, y provocan, en Baroja.

¿Creemos lícito honrarle sin asumir, desprendidos de veneraciones embalsamadoras, su legado esencial, de independencia imaginera y crítica prestancia?.

JUAN GIL-ALBERT:

HUELLA Y PROYECCIÓN DE DOS EXILIOS

CUANDO en un futuro sólo conjeturable –quizá ya chatarra museográfica ordenadores, computaciones flamantes y residuales, porción de la tiranía mecanicista de una sociedad enajenada- los historiadores, rigurosos y agudos, de la literatura de habla castellana, especializados en el período 1920-1984, en lo relativo a creación y crítica, no dejarán de señalar que una de las máximas representativas fue, es y será Juan Gil-Albert. Y que tipificada por un estilo impar,

de apasionada serenidad, sin exclamaciones ni destemplanzas, su obra, en verdad polifacética y unitaria, revela igualmente curvación dinámica y la energía inductora que nuestro idioma puede alcanzar emancipado de resabios académicos. Ocupa, además, lugar propio, inconfundible. Lo que Juan Gil-Albert atribuye –confiere- a la música, ha de aplicarse a su literaria estela: sobrevivirá.

Tras esta obligada y devota declaración, personalísima, a nuestro entender la llamada generación del 27, de fluidas adscripciones y tangible proyección, nada tiene de uniforme. Quizá su característica más adecuada consista en la fuerza de su individualización, evidentes microcosmos de un entorno histórico y cultural, de consuno hartado severo y fecundo. De gran riqueza en sus convergentes renovaciones de la forma, que no dejan de remitirse a la tradición viva. Aporta uno de los más preciados movimientos de la literatura española. Y en distintivos grados, su fundamental, permanente y constituyente doctrina y vocación estéticas, la entrega plena a netas tareas creadoras, centro y meta de su existir.

Sin embargo, este amplio conjunto, con nombres y apellidos y enunciados, se emplaza, cívica y patrióticamente, patentiza una adhesión sin reticencia alguna a la etapa democrática que culmina en la Segunda República y se coloca al lado de la legitimidad, legal y moral, y del memorable esfuerzo popular en el transcurso de la guerra civil-internacional y en sus secuelas de éxodos y exilios. Por lo general, con independencia de filiaciones partidistas, en sentido lineal y estricto tópico.

Y ello abarca las muertes trágicas, perennemente acusadoras, de Federico García Lorca y de Miguel Hernández, y el hecho de que la mayoría de los gloriosos titulares de la generación del 27 marchan al destierro o transtierro, escriben para España, pero de su regazo territorial excluidos. Mientras, aquí y entonces se reciben determinados trasvases para la poesía social. Y permanecen, insulares, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso y Gerardo Diego. Creo que “prohi-

bidos”, “prevenidos”, “suspectos”, estos portavoces de la generación del 27, al igual que los desterrados de la misma cocción (donde se dan, pero amistosos, los castizos “pareados” Salinas-Guillén, Altolaguirre-Emilio Prados, que no entrañan contraposición sino armónicas singularidades), ejercen, mor de la dictadura y de la censura, una influencia clandestina o semicatecúmena, minoritaria, cercenada de su doble condición *estética* y *social*, pero fue escamoteada ésta. Los que en los lares quedaron, o surgieron, pueden apreciarlo y formularlo mejor; nosotros, los que estuvimos transterrados sólo lo supimos referencialmente; la marca adjetiva revistió directa y holgada impronta allí, quizá más relevante en los niños o muy jóvenes que nos siguieron en el éxodo, transmisiones que requerirían específicos ensayos y estudios, por desventura inexistentes todavía.

... En las circunstancias de la guerra civil, las reflexiones acerca de la presencia e irradiación de los exponentes del 27 cabría cifrarlas en su entronque con la admirable apoyatura de la revista *Hora de España*. Se trata de uno de los grupos intelectuales, literarios y artísticos más significantes y enjundiosos en aquella proclamación y difusión lúcida, firme, de los valores autenticadores de la cultura española. Recordemos, emocionados, al excepcional Rafael Dieste, todavía a recuperar en su magnitud, en mayor y ajustado conocimiento; citemos a Ramón Gaya, uno de nuestros máximos pintores actuales, esclarecedor teórico del arte plástico, parco y selecto poeta, además, participe en las campañas de *La barraca*, antes...; a María Zambrano, sonada relojera que nos anima y alegra, cuyas contribuciones lírico-filosóficas suscitarían aunados orgullos; a Antonio Sánchez Barbudo, concienzudo analista de la poesía de Antonio Machado; ámbito de las facultades de Ernestina de Champourcin, de Rosa Chacel, del bilingüe y saudadoso Lorenzo Varela. El Consejo de Redacción de *Hora de España*, constituido por personalidades sobresalientes.

... Pero volvamos a Juan Gil-Albert, “per se”, a la irradiación que han impedido y retardado varios años (“ellos” y su sistema, ¿nos entendemos, verdad?) para nuestro literario perjuicio.

En zona autónoma, por su escritura, vicisitudes y experiencias, Juan Gil-Albert, poeta en prosa y en verso; lo enaltecen su concepción y captados reflejos del ancho mundo. Acendrado poeta también en su comportamiento, que de tan “privado”, cubierta su cuota de exilio y de 1947 a la comba adentrada de los años setenta y albores de los setenta, sí, que de tan “privado” adquiere pública prestancia y comunal repercusión.

Coinciden en Juan Gil-Albert la gravitación penosa y el acicate de tres exilios. Por su impulso terrenal y metafísico, a fuer de físico. Y el escritor virtualizado, sin trampa ni cartón, sin desmayo ni renunciaciones, es, antonomásicamente, fraterno de la soledad, encarnación del destierro, mas en ninguna textura caedizo en el abismo antihumano por insolidario. Tamaño motivo –inefable sinrazón- cata y cala en la diversidad, indisolublemente ligada a nuestro destino, de Iberoamérica, propicia su reflexión, en perspectiva, de España y de español individualizado. Meditaciones ligadas a su perspicaz, dolida y esperanzada aquilatación de la guerra civil e internacional. Reintegrado a su balconaje levantino, donde se captan los mediterráneos legados, se ve constreñido (pues no le es dable expandir sus trabajos, reducidos a publicaciones minoritarias, muy de vez en vez), obligado silencio y aislamiento del “interior”. Sojuzgado, ninguneado así en el país que no era nuestro, atraviesa un largo trance de ensimismamiento, que pone a prueba su temperamental, su orgullosa paciencia. Mientras, seguro del porvenir, que tarde o temprano, acogería sus vibrantes y atemperadas ideaciones, se manifiesta mediante estudios espaciados en impresiones y solturas y en nobles poemas expectantes, día tras día. Convencido, y con qué cabalidad, de que su sitiado monólogo habría de convertirse en reparadoras eclosiones de diálogos y resonancias.

Juan Gil-Albert lo efectuó y verifica en suma y zumo de temas, que nos invitan a sucesivos cotejos, a deleitosos retornos. En un abanico de los géneros literarios (más anticánónico que en los

protagonistas oficiales de la generación del 27): ensayos, gavilla de sentencias, evocaciones, explanación autobiográfica, costumbrismo sectorial, enfoques de alcance histórico, de rumorosa cadencia, novela, relatos, pausadas elegías. Varillaje desplegable y ensamblador, de subyacente o declarado lirismo, siempre, interpenetración de su poemático tono, de la actitud mental y señorial, hombre que esquiva las pesanteces del cristianismo tosco y dogmático, que Nietzsche repudiara categóricamente, indeleblemente, con un oreo pagano jubiloso y a trechos orlado de fina melancolía.

La tónica literaria de Juan Gil-Albert, ligada a las cualidades distintivas de la generación del 27, en cierto modo coopera a completarlas, invocarlas y difundirlas, pero todo lo realizado se basa en su incuestionable originalidad mental y de sensibilidad, psíquica y léxica.

Igualmente por el pródigo y pródigo registro de sus argumentaciones y disquisiciones y la iluminación que les presta en tanto que juicios, de Proust a Oscar Wilde, de Azorín a Miró, de Chopin a Schumann, del sino fatal de los Romanoff a la grandeza de los dioses griegos.

De manera incomparable, Juan Gil-Albert es paradigma de insólita y heroica lealtad a sí mismo, crea una obra literaria influyente en nuestro tiempo español y accede, notorio es, a los núcleos más prometedores de la juventud actual.

Los “cantos rodados” –denominación de un extenso e intenso círculo mágico de observaciones en reveladora percepción- se ha transformado en la rueda incesante de los hermosos cantos de Juan Gil-Albert.

¡Alabado sea, loado es!.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ
RESONANCIA

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ nos depara en cualquier circunstancia exterior, y si la actitud moldeada se despojó de los gravámenes de la banalidad y del resabio, vinculante relación con la palabra poética.

Los mismos vocablos de la vida jornalera, del común idioma, desprenden nueva luz y revelan su sacral tesitura, cuando los ordena el ritmo superior y responden a una tensión casi de génesis.

Al recitar su oración, el lírico parece enarcar, aspas que al cielo se tienden, los flacos y largos brazos de las inspiraciones, identificándonos con el anhelo que nadie había formulado antes en tan precisos términos:

¡Inteligencia, dame
el nombre exacto de las cosas!

La rogativa exige ceñida finalidad y su instrumento de realización estricta:

... Que mi palabra sea
la cosa misma
creada por mi alma nuevamente.

Juan Ramón Jiménez se siente portavoz, “medium”, conductor de fervorosos descubrimientos:

Que por mí vayan todos
Los que no las conocen, a las cosas;

El contraste, dirigido a la categorizadora especie de los géneros amantes:

Que por mí vayan todos
Los mismos que las aman, a las cosas...

Previamente había señalado el riesgo existencial, otro de sus temas principales:

*Que por mí vayan todos
Los que la olvidan, a las cosas.*

Al final, implora, y le acompañamos, a coro:

*¡Inteligencia, dame
el nombre exacto, y tuyo,
y suyo, y mío, de las cosas!*

Las cosas... Entendámonos. No los objetos de consumo, sino las formas con que la Naturaleza y el Espíritu se manifiestan.

Esta “resonancia”, ¿no la modificaré en un futuro encuentro, reencarnados, ambos, al acudir a su conjuro?.

Ella, poesía inconmovible y fundacional ya, admite y consentirá múltiples interpretaciones, propias y ajenas.

INTERPRETACIÓN AL CANTO

Para que hoy –el centenario de su nacencia lo alienta, meridiano resulta- se pueda acceder, en primera lectura o merced al retorno que avive un añejo poso de belleza, a la poesía de Juan Ramón Jiménez, es indispensable contener, como mandan las auscultaciones y estudios radiológicos, la respiración normal, o sea, interrumpir en nosotros la contingencia, la contaminada actualidad, lo meramente pulmonar y fisiológico.

Y debemos hacerlo así porque nos disponemos a penetrar en los estratos superiores del tiempo, de una poesía exasperadamente fiel a su rigurosa condición. Nos adentraremos por un sendero de la pasada percepción, hacía un instante –fugaz y perenne- de la sensibilidad, en la bien ganada comarca donde se halla la expresión que desde lo interno platica con los lentos paisajes –de rostros, campos y estancias- y despliega aquellos fluidos horizontes que tras ellos se vislumbraban.

Innecesario hurgar en las premisas psíquicas del poema, en sus virtutas de anécdotas excéntricas o geniales.

El texto mondo, desnudo, invariable, se debate en constante proceso de regeneración, no cesa de configurar la imagen verbal que en cada situación renueva su animada cabalidad.

Guiado por la precedente reflexión, abro al azar un libro de Juan Ramón Jiménez y atraído por el título de la composición –que uno acumuló hartas remembranzas- me rindo al tono acompasador que la distingue. *El recuerdo* se abre al camino transversal que una vez recorrimos –¿solos, acompañados?– y pauta impone, por las exclamaciones, tan típicas en sus aquilatados éxtasis. Ahí proclama “los recuerdos secretos” (los públicos no nos pertenecen), fuera de todas las vías transitadas, en su género dotados de excelencia, de terminal singularidad. La invocación:

*¡Oh, recuerdos secretos,
fuera de los caminos
de todos los recuerdos!*

se convierte en frase clave y apela a la nocturna resurrección que frutece en dos contrastes extremos:

*... como una rosa en un desierto,
como una estrella al mediodía*

y desemboca en la coda definitoria de la doble cualificación: “pasión mayor” - “frío olvido”, para la recapitulación de paradójico esquema:

*jalones de la vida
mejor de uno,
que casi no se vive.*

Juan Ramón Jiménez analiza la mutuación de la senda árida en súbita maravilla “de primavera única”, y aquí el melancólico dejo de que hay, contradicción sólo aparente “recuerdos olvidados”.

El derrotero y la lírica aventura prosiguen en “El recuerdo”, donde “el cielo no me sostiene” y las estrellas lo engañan, porque están “abajo”, allá en el fondo.

Y concluye:

*Seré, hecho onda
del río del recuerdo...
¡Contigo agua corriente!*

La poesía, elevada de monólogo pretérito, de confesión particular, a diálogo renacido, a manifiesta estela cuyo curso nos invita.

Y el escritor fidelísimo, ascético, vibrante siempre, de esclarescida ternura y severa estampa, nos brinda una mano paternal para que nos verifiquemos, liberados de la simple cotidianidad, cabe la mar de irisado oleaje.

ANTONIO MACHADO: CREADOR DE CONCIENCIA

“¿Qué otra cosa más grande puede ser un poeta que creador de conciencia?”

“¿De qué nos serviría la libre emisión de un pensamiento esclavo?”

“Es en la soledad campesina donde el hombre deja de vivir entre espejos”

“Porque lo más frecuente es creer en lo racional, aunque no siempre por razones.”

LIBRO DE CABECERA

A lo largo y expectante del exilio, en la etapa curviempinada del retorno, la contigüidad camaraderil de este volumen, su inmediatez en bella, flexible encuadernación color burdeos. Haz de páginas que finor de plumas diríase cobija. Las “*Obras completas de Antonio Machado*”, publicadas por editorial Séneca, bajo la dirección de José Bergamín, autor del encendido prólogo, y que cuidara tipo-

gráficamente Emilio Prados, no sin aquel inefable ensimismamiento estrófico, suyo, que urge en dosis de erratas, a simple vista de fácil encomienda. “Se terminó de imprimir el día dieciséis de octubre de mil novecientos cuarenta en los talleres gráficos Cultura de la ciudad de México”.

Nuestro libro de cabecera. El ensueño conduce al sueño: España, las Españas, la España peregrina, la España anclada; abierto y cerrado el círculo mágico. Monodílogo periódico con la obra impar, ente físico, concreto, hábito confesional por atracción e incitación. Evitó, impide, el que nos recostemos en la castiza soñarrera, en el dormir pánfilo, en los despertares inertes. O en la vigilia tópica, que no crea y, en trueque engañoso, aletarga aún más.

De tal suerte, sueño y ensueño se unen al sentido de nuestro tránsito, durante días contradictorios o en las márgenes hostiles de las noches. Subalterna educación que volvió a captar los desfiles ajenos, su marco de panoramas pausados, el atisbo de los prójimos, harto disímiles, que también los justifican o salpican.

Y caigo en la cuenta, al expresar de este modo la adhesión diferencial, añeja, que don Antonio Machado, hombre-poeta, no ha cesado de reavivar en nosotros –a través de muy diversos avatares y fieles modulaciones- que Concha Méndez manifestó pareja tendencia en ocasión conmemorativa³. Agregó el encuentro, con su actitud y lírica, de José Ramón Arana, allá por la fase preagónica de la dictadura primorriverista, cuando el escritor aragonés, fraternal e insustituible amigo, se ganaba el jornal en la fundición barcelonesa de Can Girona⁴:

³ Acto en recuerdo de don Antonio Machado. Se celebró el 19 de febrero de 1947, en el local de la Editorial Séneca, México, D.F., organizado por la revista *Las Españas*. Participaron asimismo José M. Gallegos Rocafull, Adolfo Sánchez Vázquez, Juan Gil Albert, Manuel Altolaguirre, José Moreno Villa, Juan José Domenchina.

En 1946 le rindieron tributo, en el mismo lugar y con el citado auspicio, Macario Granados, Daniel Tapia, Luis Santullano; míos, unos cortos párrafos preliminares.

⁴ *Can Girona / Por el desván de los recuerdos*, Madrid, 1973.

José Ramón Arana frecuentaría luego, en sucesión de comentarios caracterizadores y fervorosos, que recopilación merecen, los “mensajes” de Antonio Machado.

“...Las horas, transparentes cuando nada nuestro las enturbia, han pasado descalzas, de puntillas, casi sin gravedad. El mar ya no es azul, sino verdoso: tiene espejos grises en los festones y cresterías de las olas, y, arriba, sobre un fondo mestizo de azul y violeta, las estrías púrpuras, albas mitologías, pequeñas nubes trashumantes apresuradas hacia el Sur. Y el son del mar es otro... Vuelve el *pero* otra vez: ‘... pero a Juan Ramón Jiménez le rinde la belleza...’, lo posee hasta dejarlo exhausto de temporalidad –pienso premiosamente–; entonces lo hace lengua suya. Es al revés que don Antonio Machado...”

“Sí, Machado es otra cosa. No lo veo arrobado ante la maravillosa externidad de la belleza. Quizá la sienta como la expresión de algo en que no acaba de creer, pero que busca y busca no sólo con los ojos. Los páramos, las nubes, el río, los caminos, los atardeceres, los muros y los árboles..., todo aparece en él con una cierta pulsación que dice su parentesco con el hombre. Cada golpe de pulso, ¿no es un paso en el tiempo?”

Otra advertencia de la memoria: ¿dónde perdí, en mis trasegos, la separata que, doblado 1950, me dedicó –caligrafía firme y menuda- Juan David García Bacca, en Caracas, ensayo que iniciaba una serie de análisis, jugosamente glosadores, de la filosofía de Juan de Mairena?

Inestimable privilegio poder manifestar hoy las resonancias que don Antonio Machado concita. ¿Y las voces sepultas, terrible mudez, de los soldados del pueblo que desde las trincheras, descubriéndolo, aprendieron la virtualidad de los versos que los interpretaban y acompasaban?

Apunto sólo unos casos paradigmáticos, a millares de semejantes, compatriotas, extensibles. Testimonian que para los españoles de mi hornada y signo, de nuestra experiencia indeleble, la

conjunción de valores literarios y éticos que don Antonio Machado encarna, le confieren magnetismo y representatividad. Declaración ésta principalmente referida a los ciclos de la guerra civil, del éxodo y desarraigo, que simultanearían, intramuros, los silencios y las lecturas clandestinos.

Independientemente de la cercanía, ya predecible trascendencia de la obra de Antonio Machado, fuera de España (pronóstico que habré de esbozar en colofón), no tardará en ocupar aquí lugar aledaño a las quijotescas criaturas cervantinas, como nutrición mítico-existencial, cabal injerto de latido y letra, del que muy necesitados estarán los ibéricos de albor y agraz.

ESCUELA Y COPLA

En tanto que devotos oyentes, no feligreses, de Antonio Machado, alumnos libres, esporádicos, de su Escuela Popular de Sabiduría, intentamos cifrar las interrelaciones de lo poético y lo filosófico, los ejercicios mentales y las vibraciones líricas que nos propone. ¿Entenderemos el solfeo de ese adiestrador “ir y venir”? ¿Seremos capaces de armonizar la reflexión –no pocas veces aligerada por rúbricas y paréntesis humorales- y la cadencia, explícita o imbricada, siempre tutelar, de la copla, de sus zumos, probablemente el único cordón umbilical de Antonio y Manuel?.

La copla –nos lo indican, en verbal escritura, Juan de Mairena y Abel Martín, Antonio Machado “*dixit*”-, más que anécdota o estribillo, pero a partir de su sencillez, se transmuta en ondulante meditación sentenciosa, de percibir-conocer ceñido al paisaje y a sus “correspondientes” pobladores. Y entonces cobra pluralidad y ánima la tradición, no se contrafigura, ni pudre, ni estanca.

Ello origina que junto a un auditorio variable, escolar y prototípicamente señalizado, desempeñen función partera los desdoblamientos protagonísticos de Antonio Machado, los inventados maestros Abel Martín y Juan de Mairena. Tiempo atrás, para la plática con

sus mercedes, tuve que sacarme de la manga, toda proporción guardada, a un modesto coterráneo, mi hermano siamés Andrés Nerja. Es pertinente, en consecuencia, que él me releve.

DE LA GENERALIDAD ABSTRACTA A LA PROYECCIÓN PARTICULAR

Andrés Nerja emprendió el discurso, que de oídas reproduzco, en estos o análogos términos:

“Tratar yo, un aficionado, de autor y tema tan preclaros y desmenuzados, últimamente tildable será de intrusismo, de arbitrista desfogue, sin la menor apoyatura de metodología académica. De ahí, anticipo, que algo de virtud, por la mera intuición, alcanzará.

Siéndome dilectos, el poeta, su estilo y su conducta, no ocultaré mi renuncia a esta intervención. Consta, entre mis escasos e indulgentes contertulios, la alergia que me provocan los homenajes a fecha fija, máxime si pretenden aliviar de culpa y torpor a los misceláneos olvidadizos.

Un “arrimado” seré a la pródiga lista de fundamentales estudios, a ilustres ingenios y diestros peritajes debidos, a las loas y panegíricos ocasionales, a los que suponen haber pagado, con calderilla de rezagados pasmos, parte del tributo a Machado, Antonio, en la órbita oficial de una era concluida. Han procurado manipularlo, en tesisuras y exclamaciones, con velos, elipsis y pinzas, pues únicamente desean acuñar un hópito perfil de bardo, que oculte cierta porción de su vera efigie, la cívica... Temo que ahora, en tamaña restitución edulcorada, terciando las lógicas circunvalaciones del confuso ambiente, se propicie una versión que sería la cataplasma del culto –entusiasta y quizás impregnado de beligerancia– que se le rindió en el exilio. Nos hallamos, pues, ante dos

vías de aproximación fragmentadora al hombre que asumió la común complejidad vital y destella un misterio de finales intimidades.

De tal manera han colocado en hornacina su nombre, en el “interior” del país. Propagan ciertas facetas de su temperamento y producción, mientras mellan las artistas, poéticas y humanas, de la trayectoria que presagia su desenlace imborrable.

Extremosidades que habrán de obligarnos, apagadas las fogatas del centenario, a rastrear, con voluntad de rigor, las constantes intrínsecas, comunicativas, de su verbo y peripecia.

Las claves bipolares para esta esquina, presumible es que nos acerquen a la captación lícita de uno de los poetas más vinculados a la palabra de su tiempo. Comprenderemos, entonces, el denodado esfuerzo de su equilibrio. Y resultará vaticinable, también, que penetremos en la congruencia de la abstracta generalización, a que se entregara, y de las proyecciones particulares, a rastros mostrencas y caricaturescas, en que abunda su pedagogía.”

RECURRENCIA DE LA DIALÉCTICA

Incontenible este Andrés Nerja de mis pecares, que metido en trance pierde la noción de las reglas del diálogo, por él tercamente predicado.

“Sin *estrepitar*, una de las flaquezas léxicas de Mairena, ni *estrepitarse*, las disyuntivas Caín-Abel, guerra o paz, ambivalentes y propincuas al fraude, prestan hilo conductor, casi obsesivo, a las espirituales indagaciones de Antonio Machado, que le orillan a derivadas tesis-antítesis.

De las que más se me grabaron, citaré, y excusad que me reduzca a enunciar, las que comportan, para mí, pertinaces motivaciones de identificación y rumia:

en lo anímico, la serenidad habitual de Antonio Machado –sustentador de lirismo su mundo; fracasaría en la épica, apuntó sagazmente, no ha mucho, Javier Alfaya- se taja con “arranques” de cólera justiciera y rebrincos de sarcasmos, muy fundados, eso sí / el tono del poeta, más que del prosista, es, por lo común, grave; raras, pero chocantes, algunas altisonancias, pronto compensadas por burlas y zumbas; al incidir en la contaminación oratoria, al gusto de época, y notarlo, aplica el cauterio de frase o desplante satírico /

fue Antonio Machado, de sus contemporáneos de fuste, el que con mayor generosidad elogiara a los famosos varones o jóvenes talentos que le rodeaban: Unamuno, Ortega, Giner, Cossío, Juan Ramón Jiménez, Azorín, Joaquín Xirau, Castrovido, Grandmontagne. Proclama sus fervorosas admiraciones, enteras, sin cicaterías aunque en algunos, ambiguos potenciales, hubieran sido precisas reservas y preveniciones... En cambio, acusa por englobamientos, con “símbolos”. Le importa no puntualizar en cuanto a los transgresores, ferósticos y bellacos. ¿Abrigó la esperanza de que los genéricamente aludidos rectificasen y anduvieran caminos de salvación? ¿Jugó a la lotería altruista de la inmanente dignidad humana? /

por ser de los hombres inteligentemente terrenales –que ascienden a superior entidad metafísica-, Antonio Machado se revela en su tendencia a los grandes pareados: la muerte metafórica queda en el mar –Jorge Manrique resurge- y la vida posible, sencilla, radicalísima, muestra su tangible verdura en la montaña; la playa es para él pespunte y friso de la nada, de la incógnita esencial; y la serranía –árboles, roquedades,

matojos, rústicos allí plantados- se erigen en certidumbre, en corroboración inconvencible /

de ahí que Antonio Machado enfrente, reiterativamente, lo cortesano, postizo y artificioso –deformaciones en esta coyuntura canceradas- a la rudeza e integridad campesinas, que apenas son, ahora, reminiscencias y comparsaría; en cualquiera de esas fricciones –lo áulico, contraluz de la aldea; apiñadas camarillas y pueblo distante, atrofiado- se apoya el poeta para su vicaria coordinación de ciencia y conciencia, eticismos y arte, en sufriente tensión /

para Antonio Machado hay dos ópticas factibles e ineludibles: en el supuesto de que los conceptos sean “tiempos de visión”, los ojos mozos “comienzan” a barajar entorno y dintorno; por el contrario, las retinas viejas, desgastadas han de atenerse a su métrica de percepción como un plazo, algo suspenso, en tesitura subjetiva de caída o desaparición.

Aurora y crepúsculo, pivotes de sapiencia. Los arcos visuales, entendimiento y amor, sangre de su perspectiva /

Antonio Machado enunció, combinadas bromas y veras, los dilemas existencialistas que a posteriori se institucionalizarían, ¡pedregoso vocablo!. Y lo efectuó con sobriedad expositiva en su enseñanza privada o mediante un versificar que afluye hacia la verificación /

La impenetrabilidad del ser individual, la falta de comunicación realmente unificadora, el hecho (pese a Leonor y Guiomar) de que “la amada es imposible” y el amor desolada “aspiración a lo otro”, naturalidades que descartan, no ya moral sino ontológicamente, a juicio de Machado, la homosexualidad. Asevera, incluso, que “la poesía es el gran fracaso del amor”. Ampliatoriamente:

*Tengo a mis amigos
en mi soledad.
Cuando estoy con ellos
¡qué lejos están!*

De su heterodoxo inquirir, en el acervo machadiano, llega Andrés Nerja a la brusca deducción, por vanagloria regional y localista, de que el poeta desembocó en las supradichas condensaciones a resultas de su nacencia andaluza y de su “mineralización” castellana. Nada de causal tuvo que su derrotero mestizo lo enclavara –jirón biográfico- en comarcas olivareras de Jaén.

LA DIFÍCIL PERO PRÓXIMA UNIVERSALIDAD

Retírase Andrés Nerja, mi colega de secretas fatigas y públicas utopías. Aún le sobra cuerda para desplegar las comprimidas disquisiciones a que es demasiado propenso.

No me hubiese extrañado, por su enhebrar, que concluyera la gimnasia acotadora en una interrogante que suele formular: la difícil universalidad de Antonio Machado, al que se considera y esparce como creación de uso y destino españoles.

Antonio Machado, tan familiarizado con las corrientes intelectuales y estéticas que fermentaban en el microcosmos occidental (reparemos en su parva conexión, excepto la simpatía por el “alma esclava”, con las ideas y sensibilidad orientales: el envés de Hermann Hesse), aplicó esas facultades, a medias ecuménicas, a su contingencia, epocal y terrenal, de españolísimo cribado. Y ahí reside su aportación de servicio colectivo, el magnífico capítulo de su humildad.

Al parigual de Cervantes, en su novela manantial, las motivaciones, simbología, personajes y escenarios de Antonio Machado son netamente hispánicos, exentos de afeites y vagorosas para muelle circulación por doquier. En los miserables extortores, a que

nos es dable asistir, de la sociedad de consumo y de sus remedos feudales, la búsqueda de nuevos entronques solidarios conducirá a la lectura asidua, en profundidad y sosiego, de su poesía y pensamiento, a la recuperación de su legado humanístico, más en melodía que en doctrina literal.

En nuestro país la inminente vigencia de Antonio Machado contribuirá a rescatar la memoria perdida, secuestrada, antecedente. Y es previsible que también convoque atención y fervor allende los límites peninsulares.

En una de sus felices teorizaciones, asentaba recientemente Francisco Ayala “que lo español es una forma histórica de manifestación humana”.

Por las obras y el aliento entrañables de Antonio Machado, ¿no se impone afirmar, en vía paralela, “que lo español habría de significar una forma humana, poética, de manifestación histórica”?

No aventuramos una variante ordinal, una transposición lúdica, sino esta diferencia sustantiva y teleológica.

Para dilucidarlo, o ensamblarlo, Juan de Mairena...

UNA APROXIMACIÓN PERSONAL A LA OBRA DE MARÍA ZAMBRANO

“...Mi papel no consiste en expresarme acerca de toda clase de acontecimientos como un periodista o un político; al contrario, yo quiero cohabitar con esos fenómenos, dejarlos madurar hasta tener la sensación de haberlos comprendido...” “... No me parece nada malo que, junto a todos los otros métodos de aproximación a las cosas y que, desde luego también se justifican y existen en la realidad, aquí allá, personas que traten de hacerlo de esta manera muy lenta y grave, que tiene como ventaja el buscar la precisión, así como el llevar las cosas en sí mismo, durante

un momento, sin que lleguen a ser eliminadas por el siguiente acontecimiento del día. Esto me parece algo esencial.

ELÍAS CANETTI

MARÍA ZAMBRANO: sí, una personalidad tan vibrante y estremecida, radical en la búsqueda de originalidades cabales, de cal y canto, vida y obra siempre interpenetrándose, escapa a los tópicos encasillamientos, rechaza la definición genérica, recurso que pronto se denuncia sólo confortable, más precario.

Es una de las tesis que respecto a las significaciones de María Zambrano suele explicar mi amigo vagabundo e incómodo colega Andrés Nerja. Según él la singularidad en la escritura, en la autora de *El pensamiento vivo de Séneca* (atracción nada causal), únicamente permite cautos y sucesivos accesos.

Para la modesta apreciación en que coincidimos –Andrés Nerja y yo- el hilo conductor a la palabra “reencendida” de María Zambrano, radica en su “poética”, un permanente tratado, desde varios tiempos y ángulos de percepción, de su cualidad vertebradoramente lírica, manifiesta en el desvelo existencial. En ella, la metáfora, perseguida y surgida, acostumbra a ser el punto de arranque de la reflexión profundizadora.

Podría revelarse, entre otros expedientes parciales, tal actitud, de acuerdo con el encuadre generacional, caro a Nerja. Lo que reducimos hoy a letra impresa, conjunto fue de voces animadas, interpretadas, de extraordinaria valía. Y que sobre todo, además, respondió a un clima colectivo, de raigambre popular. Y cuando se produjo una culminación democrática que, hasta cierto punto, resultó indisoluble de un auge cultural sin parangón anterior.

De aquella esplendorosa promoción, cuyos nombres y concepciones sería reiterativo enunciar, contados son ya los que ya han traspasado los límites de la guerra civil y del exilio republicano, en

el renacer y persistir individuales que constituye un preclaro ejemplo de autenticidad. Nada de particular tiene, sino que es natural concordancia, el hecho de que una reciente suma poética de José Bergamín vaya acompañada por un prólogo –lúcido y palpitante- de María Zambrano: pertenecen a una especie en vías de extinción, que “suscita desde siempre una exclamación que proviene del cante jondo” y que como tantas veces se dan “en el lenguaje clásico y popular en forma interrogativa, que así descubre el asombro”.

Edificante parece –Andrés Nerja interrumpía la cita- que María Zambrano encarne un nexo de fecundas y modélicas comprensiones que aúnan el hontanar orteguiano y las espirituales contigüidades de los que fundaron y realizaron –quizá se convirtió en una desinteresada heredad- la memorable revista *Hora de España*, que en la diáspora e incluso a través de los retornos –Dieste a evocar, Juan Gil-Albert, Gaya, peculiar la connotación de Rosa Chacel- han ejercido un notable magisterio, al que las “circunstancias”, amén de la pereza mental y moral, orillan a minoritario influjo.

Formulada su encomiástica filiación, Andrés Nerja apela a un recuerdo, vivido por juvenil, y dado su relieve de gesto y grito trágicos. 1931: salón de sesiones del Senado, uno de los plenos del Congreso de la Unión Federal de Estudiantes Hispanos, para propuesta articulada de una imperativa reforma de la enseñanza; una disparidad de competencia y jurisdicción, Economía y Comercio en pugna, derivó en ruidosa, encrespada controversia. Allí, recriminándolos, pues había degenerado en “espectáculo encandaloso”, la figura de súbito acrecida de María Zambrano, en aspavientos los brazos. Y su mutis, tras exponer con el restallar de una frase su condena, la sensibilidad de “alma partida”.

Guarda Andrés Nerja extraña huella del episodio lejano y afirma –al redescubrirlo, germen al cabo- que responde al andaluz “estado de gracia” que distingue a María Zambrano, indicio de su típica tendencia y propensión o pretensión. Ahí se localizaría, argumenta, el

móvil pertinaz de su inquirir, el acento inconfundible de su aleación filosofía-poesía.

Complejo e inefable término el susodicho “estado de gracia”; terrena ingravidez, lúdico y amable talento, toque de inspiración y trance, éxtasis mudo. Cada vocablo cobra, de tal suerte, merced a la implícita instrucción de los textos de María Zambrano, relieve indicativo y fonéticos rasgos.

Causa o efecto, o feliz engarce de ambos, el “estado de gracia” se nutre de la gran poesía mística española y refleja generosamente un proceso de transformación y aplicabilidad, hacia el mundo que de los adentros se exhala. ¡Oh, nuestro San Juan de la Cruz!

Semejante tesitura, crucialidad, labrada predestinación, determina enjundiosa confluencia en María Zambrano de los supuestos orientales, consciente de la violencia del entendimiento que ha perpetrado nuestro peyorativo mundo occidental. Sin deteriorar su formación europea, mediterránea, ella introduce, cosmovisión a través, elementos que trascienden los lazos de la carnalidad y de la voluntad, temas de singular abstracción, con abundantes raicillas de desprendimiento. Sus fijaciones de Asia revierten para extenderse o interiorizarse. (Sugeriríamos un estudio comparativo que, en este orden de cosas, abarcará a María Zambrano, a Hermann Hesse, a Octavio Paz y en simbólicas instancias quizá también a Laurette Séjourné).

Más acusadamente que en Ortega –señero y provocativo en su rotundidad, en la turgencia de sus moldes prosísticos- María Zambrano se dedica, atemperada la íntima dicción, a inducirnos a sentires e inclinaciones, a frecuentar recoletos lugares de meditación mítica. De este modo nos encamina dentro de sus *Claros del bosque*, título que asociamos a *La arboleda perdida*, de Alberti, y rememora la imagen matriz que abre *España invertida*.

Similitudes y diferencias reinvierten en María Zambrano, a la índole fundamentalmente apasionada, con entreveros de intelectual

maceración, de su estilo. Divisamos al observar su idioma, perdónese la subjetividad, una textura recatadamente musical, metafísico impulso y, a mi juicio, relativa alergia a la plasticidad y a sus artes.

Discutible esta opinión de Nerja, lleva a considerar algunos síntomas verbales, los vocablos en que se reincide, voluptuosa o normativamente, casi óptica la diferencia. Por ejemplo “nada”, “nadificar”, “nadificación”, términos de un solo tronco, que se ciernen sobre María Zambrano:

“Nada. Mas no la nada que entonces menos que nunca puede edificar”, una de las deducciones que surcan su trabajo “Lo escrito”. Otrosí: “Mas en la nada obtenida por un puro reiterarse para que lo más parecido aparezca, surge, no notado al principio, un algo inseparable, más allá de toda figuración. Y ya esto sólo, lo inseparable que se advierte con naturalidad, es el primer don del exilio. Aquello que llega como respuesta a una pregunta no formulada”.

Salta a la vista el empleo vecinal de más en función de salvedad (¿o salvación?), de reparo, en contraste con el mero adverbio cuantitativo. La citada distinción se remite a varias comparecencias. Tras sus fantasmagorías, la indispensable oquedad, nada está en aprehendida soledad, no en la abrumadora distorsión de gentes, angustias y crudos conflictos que se concitan en la novela, de igual título, de Carmen Laforet.

El divagatorio Andrés Nerja subraya las vinculaciones (de ideas, de emocionales pareados, de ser afines) que en la obra de María Zambrano se albergan y que apenas se han desplegado a la pública luz.

Y tributa su respetuoso callar al explorado silencio que representa celda y panal para María Zambrano, fortaleza de su magnífica dignidad, cuando la firme discreción es la amorosa envoltura de su heroica condición española.

RAMÓN J. SENDER Y EL NUEVO ZÓCALO DE MÉXICO

CREO indispensable, como anotación previa y ejemplar, no muy frecuente, destacar el hecho de que el ausente Ramón J. Sender alcanzará aquí una amplia audiencia, en la última etapa de su vida, y a pesar del vacío que propicia su exilio pertinaz, apenas permitida al comienzo de las dos últimas décadas la holgada circulación de sus libros en España. Y ello con salvedades, consiguió una especial devoción de amplios núcleos de lectores y las debidas atenciones de la crítica y de los especialistas universitarios.

Considerémoslo sin las habituales necrofilias fugaces, existente y patente en su producción, que con toda evidencia habrá de merecer, cada vez más, atención general y sistemáticos estudios. Su gran aportación a nuestra narrativa reclama un actualizador interés que presencia y diálogo impliquen.

Hace apenas unos días visitábamos, ilustrados por un experto no mercenario, la monumental –y el adjetivo que tiene de hiperbólico– estructura que han dado a luz, bajo un sol mesetario que se clava en el cráneo, las excavaciones que datan, ahora, en 1981, de cuatro años y que magnificarán, todavía más, el imponente recinto del Zócalo mexicano.

Y yo no cesaba de pensar en Sender, casi en trance de evocación. Ignoro si alcanzó a ver, avanzada, esta gran obra de redescubrimiento. Indudablemente poseería fiel noticia del sensacional hallazgo, de su entidad y proporciones. Y presumo que debió impresionarle extraordinariamente, bien para proyectar allí una novela de brío y fuste, sita en ese agrandado y profundizado ámbito, o quizás acometido por a veces bramada rabia, porque el notable hecho testimonial, histórico no se hubiera producido “antes”, cuando escribía, recién desembarcado, sus precursores cuentos prehispánicos, el haz de *Mexicayótl*, o de fabular las enajenadas andanzas de su extravagantes y cristalero *Photynos*. O las peripecias lunáticas, en la vasta plaza y en su cascarón catedralicio de *El Prieto Trinidad*.

Porque en el caudaloso mundo de injerta ficción a Ramón J. Sender debido, cada amanecer estará más vivo en nuestras castizas letras modernas, merced a su capacidad escritural que le empareja a Pérez Galdós, Pío Baroja y Vicente Blasco Ibáñez. Parecerían inobjetable su ancha vena y rica veta. Esta noción fue para mí más perceptible, más orgánica, en aquel espléndido afloramiento de una vieja cultura, en el tórax mismo de la capital mexicana, donde tantos corazones se sacrificaron, aún palpitantes, con realidad visceral y designio simbólico.

En pocos novelistas de habla hispánica se registra, como en Sender, la sugestiva y eficaz concordancia del escenario, de los personajes, y de la Época elegidos.

El escenario, una especie de amplificada valva, a pesar de que guarde y muestre sus embocaduras y telones, insinuándonos incluso la tramoya, que suele ser, en las obras senderianas, fundamentales en su extenso repertorio, que a mi juicio ofrece una presencia enteriza, un reiterado trazo de heliocentrismo.

Lo propio ocurre con el *Protagonista* (singular o plural veces): bajo su esfera de irradiación e imantación giran las criaturas que dan la réplica teatral, los elementos corales y hasta la comparsería.

De igual manera, acompasada y diestramente, en lo que atañe al “encuadre histórico” que se inspira en el contexto de una sociedad y en cierto período crítico, nunca amorfo, de su existir.

De tal suerte *Mister Witt en el Cantón*: hay en esa trama una heroína pasional neta, un modelo de energías típicas, metafóricas, que seducen perentoriamente a Sender, en esta aventura de pátina dieciochesca. Suma prestancia adquiere el Puerto de Cartagena. Y los sucesos en aquella desazón narrados, ponen de relieve, el grado certero del autor, las inclinaciones pertinaces, fatales, de un tránsito o parto prematuro.

Con similar nitidez afronta Sender la campaña colonial de Marruecos, teje el áspero y riguroso argumento de *Imán*. Relato so-

brio y ceñido, inexorable en ocasiones, el portavoz, evidentemente el mismo Sender, transforma en literatura de realidad y alucinación su experiencia, que le marcará en no pocos sentidos para siempre, por aquella grave que engendraría concatenadas consecuencias, muy graves acaeceres nacionales. Imán figura, bajo el tríptico señalado de tablado, héroe y antihéroe, sociales entornos, entre los más relevantes alegatos antibelicistas, parangonable a los de Barbusse, Remarque, Arnold Zweig, Glaeser.

Obviamente el método triádico de Sender se acentúa en el famoso *Réquiem por un campesino español*. Mosén Millán y su conciencia a debate, la víctima –Paco, el de molino- y los verdugos, los crujidos de la contienda incivil, con tono de salmodia pública (¡otro paisaje!), en un ambiente de mentalidades y decires, inequívoca más trascendentemente aragoneses. Seguir este hilo conductor, las violentas contraposiciones en que Sender, con el menor tremendismo para él posible, ha ejercido inigualable magisterio, es hoy una plasmación sólo referenciada.

Lo que sí nos permite relatar, mediante la interpretación apuntada, es la facultad senderiana de componer la obra importante y significativa en los diversos tramos de nuestro pasado candente, con artística modulación perdurable.

Aparte del juego literario y extraliterario de las “simpatías y diferencias”, la aportación de Sender a nuestra novelística resulta de primerísimo orden y no está subordinada a los vaivenes de las modas.

A trechos con gesto agrio y palabra judicial, en otras predomina su hondo vibrar de lirismo y púdica ternura. A Sender lo instituyen su palabra abundosa y su peculiar humanismo, reñido siempre con la blandenguería.

Los “escenarios” se convierten en “naturaleza”; “los personajes” acreditan ser de una sola pieza y las “épocas” se adhieren con soterrada destreza a los “tiempos interiores” y a los ingredientes y

salientes externos. En tales desgarros, culminaciones y armonías, las manos de Sender elevan su prez.

Lo reconocemos como una de las máximas expresiones, aquí y allá, entonces y ahora, en el porvenir tangible de la narrativa en lengua castellana.

EXILIO Y TRANSTIERRO (1989)

Cierro los ojos para poder recuperar, en lo posible, la mirada mayor de los adentros. Y conseguir, en parte al menos, que mi evocación y reflexiones, ¡ojalá sean, a pesar de mi limitación, fidedignas, constituyan, meramente, un emocionado, personal testimonio, de un avatar histórico!

Este turbulento y desalmado medio siglo, notorio es que ha determinado las vidas y las actividades —o pasividades...- de una compleja y diaspórica sociedad humana y configuró, para siempre, nuestro particular existir. Una y otra significación, que consideramos tangibles, suscitan un “fenómeno” sin términos comparativos. Que, además, aquí adviene el dolorido sentir cuando no reproche amagado, no ha logrado el cabal reconocimiento, globalizador e individualizado, sistemático, sobre todo en el transcurso del cambio democrático formal, a la española, ya que, por lo común, en estos pagos se ignora o se menoscaba o se hiperboliza, mor de lo coyuntural, la trascendencia y enraizamientos que se implantaron, inaugurales, en las relaciones instrumentadas que proceden de la imperial y “evangélica”, explotadora y detentadora también, conquista de la época. Deplorablemente estudiada y apreciada en el período de la colonización virreinal, que suele relegarse, y en los procesos de independencia donde se conjuntan el caciquismo ibérico originario y la correlativa estructura tribal —por veces excrecencias de los desnivelados tiempos precolombinos.